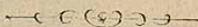


# LOS DOS CÉSARES.



LIC  
193

## ROMANCE HISTÓRICO-RELIGIOSO,

agraciado con mencion honorífica en el certámen poético celebrado por la redaccion de la ILUSTRACION POPULAR ECONÓMICA, en Febrero de 1871.

### I.

#### LA CONVERSION. EL AMOR.



¡Oh Crux, ave!

Madre celestial y hermosa!  
Iglesia divina y santa!  
Ya es hora que del abismo  
De tus penas y desgracias,  
Y de tu circo sangriento,  
Y de tus potros y garras,  
Y del amargo ostracismo  
De tus tumbas solitarias,  
Te eleves cual Vírgen pura  
De laureles coronada,  
Al Tabor de la grandeza  
Que tu Esposo te prepara.  
Tres siglos de horrible lucha,  
De persecucion insana,  
Sufriendo de tus verdugos  
Las mas crueles infamias,

Los mas atroces tormentos,  
Las mas inícuas venganzas,  
¿No prueban bien la firmeza  
De tu invencible constancia?  
Levante, pues, ya tu diestra  
La esbelta y graciosa palma,  
Luzca el candor de tu seno  
La pura estola sagrada,  
Y el velo de rica púrpura  
Ostente tu hermosa espalda,  
Y ciña tu blanca frente  
La mas brillante guirnalda,  
Ya que la fé es tu suspiro,  
Tu perfume la esperanza,  
Y en tu caridad divina  
Tu vida de amor se abrasa.

18042

Venga ya, pues, ese oriente,  
 Esa aurora suspirada.  
 Que ha de anunciar el *gran dia*  
 De eterna y gloriosa fama;  
 Aquel dia de ventura  
 Que el mundo tanto anhelaba,  
 Como principio fecundo  
 De su cultura mas alta,  
 De su mas noble progreso,  
 De su libertad amada.  
 Dia de triunfo y victoria  
 Que el cielo simbolizara,  
 Ostentando entre aureólas  
 De rubíes y esmeraldas,  
 El mas sublime *prodigio*,  
 La *vision* mas sacrosanta  
 Que jamás el orbe viera  
 Ni hombre alguno contemplara.  
 Venga ya, pues, ese dia,  
 Venga aprisa, sin tardanza,  
 Albricias!! viene... ha llegado:  
 Saluda ¡oh mundo! con ansia,  
 El albor resplandeciente  
 De esa bienhechora alba,  
 Que el gran sol de *Constantino*  
 Asoma ya entre sus alas.

Era un dia de esos bellos  
 Que ostenta la hermosa Italia;  
 El sol, radiante de vida,  
 El campamento doraba  
 Del egregio augusto César,  
 Con tal ardor y luz tanta,  
 Que sus rebrunidos cascos,  
 Y relumbrantes corazas,  
 Nuevos soles parecían  
 Por los rayos que lanzaban.  
 En bando opuesto, chispeando  
 De soberbiosa jactancia,  
 El orgulloso Majencio  
 Sus legiones contemplaba;  
 Fundando sus prontos triunfos  
 En sus huestes ussedarias,  
 En sus bravos decuriones,  
 En sus formidables lanzas  
 En el número asombroso  
 De sus haces temerarias,  
 Y sobre todo en los rayos

Y fulminantes espadas,  
 De los dioses inmortales  
 Que custodian sus batallas.  
 El invicto Constantino,  
 A pesar de su arrogancia,  
 Y de su firme entereza,  
 Y de su bravura impávida,  
 Arder su fren e sentía  
 Por una inquietud estraña:  
 Bien que asombroso é imponente  
 Era el cuadro que formaban  
 Las fuerzas del contrincante,  
 Por su posicion bizarra,  
 Por sus briosos atlelas  
 Célebres en mil jornadas,  
 Por sus hileras inmóviles,  
 Que por lo firme y compactas,  
 Mas bien que pechos de humanos  
 Eran de rocas murallas.  
 El noble César... absorto...  
 De contemplar no cesaba  
 Una actitud tan marcial,  
 Tan fuerte resuelta y brava.  
 ¿Sentía estupor tal vez  
 Aquella gigante alma?  
 ¿Pudo nublarse su frente?...  
 Nublarse?...-- Presuncion vana!  
 ¿Quién, jamás, menguar podría  
 Aquella ardiente mirada,  
 Aquel génio de coloso  
 Que los montes avasalla?  
 Nadie! y así ansioso corre,  
 Y legion tras legion salta,  
 Y atraviesa sus hileras.  
 Y las mueve, y las exalta,  
 Y en todas partes anima,  
 Y en todas partes inflama  
 Sembrando do quier alientos  
 El fuego de su palabra.  
 De modo que con tal raptó  
 Les agita y arrebató  
 Que al eco de su ardimiento  
 Todos en vitores claman,  
 Todos el combate ansían,  
 Todos sus hierros preparan,  
 Y todos, cual solo un hombre,  
 Corren y en la lid se lanzan.

Tremenda fué aquella lucha!  
 Pavorosa, extraordinaria!  
 Rechinante el rebramido  
 Conque con ímpetu estallan,  
 Y se acometen y estrechan,  
 Se obligan, fuerzan y asaltan,  
 Se acosan, hieren, mutilan,  
 Se estrujan, rompen y espantan,  
 Formando un choque horroroso  
 De luchas tumultuarias,  
 Y de atropellos horribles,  
 Y sangrientas cuchilladas,  
 De tan fragoroso estruendo,  
 De tan rencorosa rabia,  
 Y atronadores empujes,  
 Y rudas y audaces cargas....  
 Cual si en cráteres de muerte  
 El infierno rebentara.  
 Ay! un momento despues,  
 En las legiones bizarras  
 Del inmortal Constantino...  
 Parece... que sombra vaga  
 Sus frentes oscurecia...  
 ¿Es que el temor penetraba  
 En sus indómitos pechos?  
 ¿Qué sorpresa inesperada  
 La turbacion producía?  
 —Hondo silencio mostraban;—  
 Mientras que el bando enemigo,  
 Con infernal algazara,  
 Gritos de guerra y de triunfo  
 Estrepitosos lanzaba:  
 Y cada vez mas briosos,  
 Con frenética pujanza  
 Do quier estrago esparcian,  
 Do quier la muerte sembraban.  
 Así el altivo Majencio  
 Vislumbrando ya la palma,  
 Mientras que daba á sus dioses  
 Las mas fervorosas gracias,  
 Promelia á sus secuaces  
 Con placentera esperanza,  
 Pingüe botin, como premio,  
 De tan gloriosa jornada.

Constantino se impresiona,  
 Pero no se abate su alma;  
 Antes bien, ante el conflicto

En que sus tercios batallan,  
 Un *presentimiento oculto*  
 Que su espíritu socava,  
 Con mas fuerza ahora que nunca  
 A su corazon le asalta.  
 Sí: presume que el Olimpo  
 Con toda la turba varia  
 De sus génios y deidades  
 Filtros, oráculos magas,  
 Es tal vez puro delirio,  
 Quizá una ilusion fantástica;  
 Que el conjunto estravagante  
 De alegorias estrañas,  
 Y de viciosas pasiones  
 Que ostenta divinizadas,  
 Son indignas de la alteza  
 De la condicion humana:  
 Y esta idea que hace tiempo  
 Su noble pecho trabaja  
 Hace que tienda al espacio  
 Una espresiva mirada,  
 Buscando un Ser mas escelso,  
 Una deidad soberana  
 De mas sublime grandeza,  
 De eterna luz circundada.  
 Y este feliz pensamiento  
 Que en su espíritu se irradia,  
 Como un suspirado oriente  
 Le descubre en lontananza,  
 A su buena y dulce madre  
 Cabe á una *crúz* reclinada,  
 Adornando con ternura,  
 Con fé viva y piedad santa,  
 A un *Varon* triste, humillado,  
*Que el vil patibulo abraza;*  
 Y esta vision sorprendente,  
 De tal modo su fé inflama,  
 Y su espíritu ilumina,  
 Y engrandece su esperanza,  
 Que le mira con cariño,  
 Luego le invoca con ansia,  
 Y por fin ya le dirige  
 Esta ferviente plegaria:  
 «*Mártir de amor, Dios de Elena,*  
 »Dame Tu luz suspirada,  
 »Aquel sublime ardimiento  
 »Aquella divina llama  
 »Que el corazon de mi madre



»Llena de vida y de gracia:  
 »Yo te invoco porque siento  
 »Que interno poder me abrasa,  
 »Y hasta Tu seno me eleva  
 »Con poderosa eficacia.  
 »Préstame, pues, Tú consuelo,  
 »Muéstrame la señal santa,  
 »El *secreto misterioso*  
 »Del lauro que aspira el alma.»

—  
 Gran Dios! Qué sublime arcán-  
 Con su divina palabra (gel  
 Podrá darnos de tu amor  
 Siquier una muestra pálida?  
 Tu caridad infinita  
 Es tan intensa, tan vasta,  
 Que en holocausto inefable  
 Estiende su inmensa llama;  
 Y el globo do quier la ostenta  
 Brillantemente esmaltada,  
 En el concierto ordenado  
 De sus leyes y sus causas.  
 Y el hombre, Dios mio, el hombre,  
 De tal modo la resalta,  
 Que un Gólgota horrible forma  
 La dádiva de tus arrás.  
 Por eso Padre querido  
 La sonrisa de tu gracia,  
 Con risueño afan envías  
 A los que con fé te aclaman.  
 Por eso el gran Constantino  
 Y sus legiones bizarras,  
 Van ya á admirar de tu diestra  
 La proteccion suspirada.  
 Sí; que apenas fin dió el César  
 A su sentida plegaria,  
 Es fama, que entre aureolas  
 De purísima escarlata,  
 En el cielo apareció  
 De rayos mil circundada,  
 Una *cruz* resplandeciente;  
 Ostentando entre sus franjas  
 Aquel «*In hoc signo vinces*»  
 Que la victoria auguraba.  
 Todo el ejército al punto

En gritos de asombro esclama,  
 Y bendiciendo al Eterno,  
 Con nuevo ardor se abalanza  
 Contra el enemigo, atónito,  
 De ver maravilla tanta.  
 Cual nubarron gigantesco  
 Que negro y horrible avanza,  
 Y en mil crugientes chispazos  
 Ruge y retumba y se ensancha,  
 Hasta cubrir con su mole  
 La fértil vega lozana,  
 Que ostenta el tallo que luce  
 Sobre él la espiga dorada;  
 Y los súbitos relámpagos  
 Tocan la miés con sus ráfagas,  
 Y al rebramido del trueno  
 Toda en remolinos danza,  
 Y de los negros repliegues  
 De aquella tiniebla infausta,  
 En rechinantes silvidos  
 Furias de horror se desatan,  
 De lluvia rápida, horrible,  
 De piedras tumultuarias,  
 Que chocando en las espigas  
 Las rompen, tronchan y rajan,  
 Machucando tallo, y fruto,  
 Hasta arrasar la comarca...  
 Pues no fué de otra manera  
 El estrágo y la venganza  
 Que la grey de Constantino  
 Causó en las huestes paganas.  
 Así del héroe augusto  
 La gloria sube tan alta,  
 Que atravesando los siglos  
 Hasta el cielo se agiganta.  
 Honor, pues, magnificencia,  
 Lauro, bendicion y hosanna,  
 Sea por siempre al Eterno  
 Y á su Cordero sin mancha.  
 Y tú, Cruz, paz de mi vida,  
 Signo de amor y esperanza,  
 Lábaro de inmortal triunfo,  
 Tálamo puro del alma,  
 Sé mi escudo y fortaleza  
 Que en tu fé mi bien descansa.

II.

EL APOSTATA. LA JUSTICIA DE DIOS.

Cual fiera que perseguida  
 En la arena del desierto,  
 Recibe con golpe horrible  
 profunda herida en el pecho,  
 Y en atronantes rugidos  
 Muerde el acerado hierro,  
 Y sacude su melena,  
 Y se agita en mil rodeos,  
 Y se arrebatada furiosa  
 En incesantes esfuerzos,  
 Y escupe espumante rabia,  
 Y corre y salta sin freno  
 Y se retuerce jadeante  
 En rebatientes golpeos,  
 Y ansiosa muestra sus dientes  
 Rechinantes y frenéticos,  
 Y horrendo ronquido zumba  
 De su convulso resuello,  
 Y muerde el polvo y remuerde  
 Con rudo y feroz estrépito,  
 Y se revuelca en sus ansias  
 Con terrible estertor fiero...  
 Así Satanás recibe  
*La santa vision del cielo.*  
 Que el golpe con que la cruz  
 Le hiere en su afán interno,  
 Es tan vivo, tan furioso,  
 Tan cruel y tan certero,  
 Que la herida le penetra  
 Hasta el íntimo del pecho.  
 Y triunfa al fin Constantino,  
 Y este glorioso trofeo  
 Va á levantar á la Iglesia  
 Al mas sublime portento,  
 Al s6lio mas encumbrado,  
 Al esplendor mas escelso:  
 Y esta idea, de tal suerte  
 Turba todos sus afectos,

Y le concentra y le amarga  
 En negros presentimientos,  
 Que se arrebatada el maldito  
 Con tal arranque frenético,  
 Que lanza rayos de espanto  
 Jurando convulso y trémulo,  
 Venganza siempre á la Iglesia,  
 ¡Guerra sin fin! ¡odio eterno!

—  
 ¿D6nde, pues, podr6 encontrar  
 Dulce despique, el mal6volo?  
 La sabrosa represalia  
 Que llene su afan sediento,  
 Para que torne la Iglesia  
 A su amargo cautiverio,  
 A su zozobra profunda,  
 A su triste desconsuelo...?  
 D6nde encontrar... y medita,  
 Y estiende su pensamiento,  
 Y fija ardiente mirada  
 Sobre su pagano imperio,  
 Y registra por d6 quiera  
 Hogares, palacios, templos,  
 Y en ese mundo idol6trico  
 que le adora esclavo y ciego,  
 No encuentra un hombre á su  
 (gusto,  
 Bastante infame y perverso,  
 Que de su insaciable ahinco  
 Llene el dilatado hueco.  
 Esto le turba y contrista;  
 No hallando entre sus adeptos  
 El hombre de sus afanes,  
 De sus horrores el eco,  
 Del vil plan de su venganza  
 El codiciado instrumento.  
 ¿Qu6 har6 en confusion tamaña,  
 No encontrando entre sus reinos

La medida de sus iras,  
 La hechura fiel de sus sueños?  
 En su profundo dolor,  
 En su pavoroso vértigo,  
 Acude al mundo cristiano  
 Y ¡ay! *le encuentra!!* Allí vé pres-  
*Al hombre* de su suspiro, (to  
 Dócil, sumiso y resuelto  
 A levantar su esperanza,  
 A complacer sus afectos,  
 A seguir el plan terrible  
 De sus fervientes deseos.

Pasa un instante, y despues  
 Fulgor fulmíneo y siniestro  
 Como el brillo del pecado,  
 Lanza sulfúreo reflejo  
 Sobre el dosel imperial.  
 No ya en su dorado asiento  
 De inagesiad circuido  
 Está el noble augusto Génio,  
 El de la egregia grandeza,  
 El del esplendor escelso,  
 El que fundaba su gloria  
 En los encantos del cielo,  
 El del Lábaro prendado  
 Con el cariño mas tierno,  
 El que en fin alzó á la Iglesia  
 Al colmo de su apogeo...  
 Es otro ya el que presenta  
 En su continente escéptico,  
 En su panzante mirada,  
 En su sarcástico ceño,  
 En su cínica espresion,  
 En su talante siniestro,  
 En su púrpura manchada  
 De frescos rastros sangrientos,  
 Las huellas características  
 De una impiedad sin ejemplo.  
 Su semblante es como el vicio;  
 Su mente como un espectro;  
 Su alma como la roca;  
 Como un abismo su aspecto.  
 Su nombre... ¿su nombre? Oh in-  
 (famia!  
 La execracion en secreto,  
 Le llama su propio hermano;  
 La hipocresía el modelo

De sus mas preciados tipos;  
 La santa Iglesia el mas pérfido  
 De sus audaces tiranos;  
 La historia al narrar sus hechos  
 Le da el nombre del «*apóstata!*»  
 Y el mundo, en fin, todo entero,  
 Al recordar á *Juliano*,  
 Recuerda con él á un tiempo  
 Al mas suspicaz verdugo,  
 Al mas pernicioso génio,  
 Al mas astuto enemigo  
 Que halló nunca el Evangelio.  
 Él fué modelo asqueroso  
 Del *ilustre* Maquiavelo,  
 De quien copió el *gran* Voltaire  
 Aquel sarcasmo altanero,  
 Aquella *espresion infame*,  
 Aquel satanismo horrendo  
 Que hizo temblar á la tierra  
 Al insultar á los cielos.  
 Por eso todos los siglos  
 Verán con enojo inmenso  
 Al vil repugnante apóstata,  
 Que con infernal empeño,  
 Que con audacia inaudita,  
 Lanzò su inmundo desprecio  
 Sobre la divina frente  
 Del *Mártir* del universo.

Dios mio! ¿Quién sin asombro  
 Podrá describir sus hechos?  
 Él fué, quien con ira horrible,  
 Sin cejar casi un momento,  
 Llenó de luto á la Iglesia  
 Con sus viles improperios;  
 Él, quien persiguió á los fieles  
 Con sangre, terror y fuego,  
 Doquier luciendo suplicios  
 Los mas atroces y fieros;  
 Él quien alzando sus órbitas  
 E invocando al mismo infierno,  
 En vil espresion horrible  
 De loco rugido réprobo,  
 Llegó hasta decir... ¿Dios mio!  
 Llegó á declarar... ¡oh cielos!!  
 «Guerra sin fin! guerra eterna!!  
 »*Al infame Galileo.*»  
 Y para que el mundo todo

Quedara de asombro lleno.  
 Y su nombre maldecido,  
 — Como escarnio de los tiempos—  
 De siglo en siglo pasara  
 Agigantando su vuelo,  
 Quiso en *Salem*, el impío,  
 Con la punta de su acero,  
 Romper la gran *profecta*  
 Que en biblia de *escombros inmensos*  
 Grabada estaba en las piedras  
 Y en las *ruinas del Templo*:  
 Y con audacia infinita  
 Levantar *allí otro nuevo*,  
 Como un mentís al oráculo  
 Como un insulto á los cielos.  
 Mas ay! que apenas alzaba  
 Este satánico intento,  
 El cielo quiso indignado  
 Vengar su dogma profético,  
 Y confundir al tirano  
 Con el rayo de su fuego.  
 Así, pronto, de improviso,  
 Súbito y voráz incendio  
 Por entre el escombros brota,  
 De tan terribles efectos,  
 De tan espantosas llamas  
 Y retumbantes retruenos,  
 Que destruye hasta el profundo  
 Aquel nefando proyecto.

Gran Dios! qué idioma en el  
 (mundo)  
 Nos dará una idea al menos  
 De tu mirada terrible.  
 De tu brazo justiciero?  
 Todos los siglos te claman  
 Como el Dios de los ejércitos,  
 Y ante el eco portentoso  
 De tu terrífico acento,  
 Los espacios se anonadan,  
 Y se estremecen los truenos  
 Y se amansan las centellas,  
 Y calman su horror los vientos  
 Y retiemblan los abismos  
 Y se espanta el mismo infierno.  
 Por eso siempre inflexible,  
 El anatema tremendo  
 De tu justicia fulminas

Contra el impio soberbio.  
 Por eso ha hablado el prodigio  
 Entre las llamas del Templo,  
 Confundiendo al vil gusano  
 Que osó mirarte altanero.  
 Mas esto, no era aun bastante:  
 Era preciso otro medio  
 Otro castigo mas digno  
 De su corazon perverso.  
 Dios queria con su mano  
 Aplastar su vil desprecio,  
 Su inconcebible arrogancia,  
 Su infame sarcasmo horrendo...  
 Y esperaba el triste dia...  
 Y vino el dia funesto:  
 El mismo dia en que *el hombre*  
 Ostentando en lujo inmenso  
 Brillante púrpura hermosa  
 Con galas de rico precio,  
 Desde su carroza de oro  
 Contemplaba satisfecho  
 El combate, de sus huestes  
 Luchaban con brio fiero.  
 Entonces... ay Dios! perdida...  
 Oscilando en rumbo incierto,  
 Una acerada saeta  
 Vá divagando en el cielo:  
 Mas no tan *perdida* acaso  
 Que al fin no encuentre *su objeto*;  
 Y le encuentra de seguro  
 Con rumbo fijo y certero,  
 Cuando al mirar la carroza  
 Rápida alienta su vuelo,  
 Y al de la *púrpura* apunta  
 Buscando el corazon luego,  
 Y hundiéndose en el profundo  
 De aquel desgraciado pecho.  
 Juliano vacila... cae...  
 Palidece, sin aliento,  
 Vá ya á espirar..., infeliz!!  
 Espira ya... mas qué veo?  
 Se agita, lucha un instante,  
 Quiere hablar... hace un esfuer-  
 Y recogiendo el alma (zo...  
 Entre su lábio muriendo,  
 Esclama al salir del barro:  
*Venciste al fin Galileo.*



Esto nos dice la historia  
 Con su lenguaje severo;  
 Lo que ha sido, esto será  
 Ayer, hoy y en todo tiempo:  
 Pues que el *pasado* elocuente  
 Como en magnífico espejo,  
 Transparenta el porvenir  
 Al través de sus destellos.  
 Y este punto luminoso  
 Con su radiante criterio,  
 Es el gnósis filosófico  
 Del génesis de los hechos.  
 Resulta, pues, claramente  
 Que esos dos grandes modelos,  
 Esos dos Césares forman  
 Los dos grandes fundamentos  
 Del mundo moral é histórico  
 En todo su vasto juego.  
 Cuando brilla la influencia  
 Benéfica del primero,  
 Aparece la cultura  
 Y el legítimo progreso,  
 Y la dicha en las familias,  
 Y la ventura en los pueblos,  
 Y la paz en las naciones,  
 Y la gloria en los imperios.  
 Mas cuando triunfa el segundo,  
 Y en su siglo va cundiendo  
 La ponzoñosa perfidia  
 De su espíritu revuelto,  
 Y la Iglesia es perseguida  
 Y despojada en sus fueros,  
 Como cesa su influencia  
 Que es vida, luz y consuelo,  
 Y el único atemperante  
 De todos los desenfrenos,  
 Vengan de arriba ó de abajo  
 En sus alardes funestos...  
 Entonces, roto el armónico,  
 El magnífico concierto  
 Entre el órden religioso  
 Y el político elemento,

Su influjo se substituye  
 Por el recurso supremo  
 Del derecho de la fuerza,  
 Contra la fuerza del drecho;  
 Y la sociedad en tanto  
 Siente un malestar inmenso.  
 Y es que en lógico castigo,  
 O en muy natural efecto,  
 Dios permite que obre el caos  
 Cuando su luz va en descenso.  
 Además, que siempre ha sido  
 Triste, infeliz y siniestro,  
 Espantosamente horrible,  
 El fin de todos aquellos  
 Que con sacrilega mano,  
 O con hipócritas medios,  
 Han asestado su audacia  
 A la barquilla de *Pedro*.  
 Esta, zozobra un instante,  
 Pero el agresor soberbio,  
 Se estrella contra su quilla  
 Rodando al abismo horrendo,  
 Y repitiendo ya exánime  
 El «*venciste Galileo.*»  
 Mientras la nave sagrada  
 Siempre luchando y venciendo,  
 Despues que surca, penosa,  
 Los furiosos elementos,  
 Y las ondas encrespadas,  
 Y los remolinos fieros,  
 De nuevo aparece erguida  
 Con un esplendor mas bello,  
 Sin desviar nunca el rumbo  
 De su suspirado *Puerto*.  
 Aliéntese, pues, el santo,  
 El Pontífice Supremo,  
 El inmortal *Fio Nono*,  
 El siervo, en fin, de los siervos;  
 Que si hoy gime atribulado  
 En amargo cautiverio,  
 Tras la espantosa borrasca  
*Vendrá el iris del consuelo.*

JAIME GOIG COMPAÑ.